

ELEVACION Y CAIDA
DEL
EMPERADOR MAXIMILIANO

SEGUN DOCUMENTOS INÉDITOS.

HISTORIA
DE LA INTERVENCION FRANCESA EN MÉXICO
1861.—1867.

LA expedicion francesa en México pertenece ya á la historia. El segundo emperador mexicano ha sido fusilado en Querétaro en 1867, como el primero lo habia sido en Padilla en 1824. Sin embargo, ambos amaban su país de adopcion, y Maximiliano habia llevado á él un sentimiento muy elevado de su mision.

En los momentos en que un debate resuena en el recinto de nuestro palacio legislativo, seanos permitido buscar las diversas causas que han concurrido á la ruina de esa lejana empresa. La hora es tanto mas favorable para este ensayo, cuanto que los diferentes actos del drama mexicano, tan fecundo en peripecias, puede decirse que datan de ayer apenas. Ademas, nos parece que es justo precisar y atribuir á cada uno de los actores de ese sangriento drama la parte de res-

ponsabilidad que les incumbe en la concepcion, en el desarrollo, en la marcha y en el mal éxito de esta desgraciada campaña. Continuemos, pues, esta investigacion, y tratemos de hacerla con toda la imparcialidad de que somos capaces.

Es necesario reconocer desde luego que es preciso hacer á un lado al ejército francés, marinos y soldados: él solo se puso á la altura de su mision.

Esclavo de su deber, ha pagado su deuda hasta el fin, sin separarse un momento de sus grandiosas tradiciones: esta expedicion mortífera se le contará como un nuevo título de gloria. Raras veces el valor francés ha tenido que atestiguar individualmente en un campo tan vasto. Si nuestro país hubiese podido presenciar los mil hechos de armas desconocidos que han tenido lugar durante estos cinco años en ese vasto territorio de México, y consumados por un puñado de hombres perdidos en aquel inmenso espacio, habria hecho callar las quejas de la oposicion ante la admiracion que le hubieran inspirado las virtudes generosas de sus hijos. Los cadáveres de los valientes que el cuerpo expedicionario ha regado en su camino desde las Antillas hasta las costas del Pacífico proclaman muy alto su abnegacion.

La luz indispensable para iluminar la triste escena adonde el trono levantado por la Francia se hundió en la sangre y adonde ha disminuido el prestigio nacional, debe buscarse en la idea primordial del gabinete de las Tullerías, en las instrucciones dadas por él, en la marcha de nuestra política y de nuestras operaciones militares, y en la cooperacion, en fin, del archiduque Maximiliano.

I

¿Cuál ha sido la idea primitiva que ha enviado nuestro pabellon frente á las murallas de Veracruz? ¿Cuál ha sido despues la causa verdadera de la declaracion de guerra lanzada contra el presidente Juarez?

Si debemos atenernos á las declaraciones oficiales, veremos en ellas, que el gobierno del emperador, en virtud de una convencion firmada el 30 de Noviembre de 1861 con la Inglaterra y la España, resolvió, por una comun intervencion, "obligar á México á cumplir con obligaciones solemnemente contraidas y á darnos las garantías de una proteccion eficaz para proteger las personas y propiedades de nuestros nacionales." Tales han sido las instrucciones confiadas al contra-almirante Jurien de la Gravière, investido del mando en gefe de nuestras fuerzas militares enviadas á México con una division naval. El ministro de negocios extranjeros M. Thouvenel, agregaba á las instrucciones del contra-almirante, lo siguiente:—"Las potencias aliadas no podrán intervenir en los negocios interiores del país, y especialmente cuidarán de no ejercer presion alguna sobre las poblaciones, en cuanto á la eleccion de su gobierno."

En los primeros dias de Enero los tres plenipotenciarios dirigian al gobierno mexicano, bajo la forma colectiva, una

nota pidiendo reparacion por todos los agravios y perjuicios sufridos. El 9 de Febrero de 1862, los comisionados aliados informaban á Doblado, ministro de Juarez, que las tropas aliadas, á mediados del mes se pondrian en camino para ocupar en el interior del país campamentos menos mal sanos, invitándolo á la vez á que fuera á entenderse con el conde de Reus, general Prim.

El ejército de desembarque habia sido puesto bajo las órdenes del general español Prim. La España contaba 7,000 hombres y la Francia 3,000 casi: la Inglaterra no habia desembarcado mas que sus marinos. El 19 de Febrero de 1862 quedaba firmada entre el gobierno mexicano y los plenipotenciarios de España, Inglaterra y Francia, la convencion preliminar de la Soledad, que segun el artículo primero, debia confirmar la aprobacion de Juarez, y que por el artículo 6º estipulaba que la bandera mexicana, que habia desaparecido al aproximarse las escuadras aliadas que anclaron sin vacilacion frente á Veracruz, seria izada de nuevo.

Casi dos meses se necesitaban para que el proyecto de tratado pudiese ir á Europa y volver al campo de los negociadores que habian debido consultar á sus gobiernos respectivos. Por un espíritu muy justo de prevision, se habia estipulado tambien en el artículo 3º de la convencion de la Soledad, que mientras duracen las negociaciones el cuerpo expedicionario ocuparia las ciudades de Córdoba, Orizaba y Tehuacan, cantones favorables á la salud del soldado. El ministro Doblado habia acordado esta concesion y Juarez la habia ratificado. Si era justo, á nuestro juicio, exigir imperiosamente esta libertad de maniobras para salir del clima mortífero de la tierra caliente, sobre todo durante la mala estacion, el orgullo de los mexicanos quedó profundamente herido con esta condescendencia del presidente; se sintieron humillados con que la evacuacion del territorio invadido no hubiese precedido los preliminares de la paz. Pero

Juarez, mas inclinado á la finura y á la sutileza que á los arranques guerreros, estaba animado de un deseo verdadero de dar las satisfacciones reclamadas por los aliados, y habia comprendido perfectamente que nunca obtendria la retirada de las tropas enemigas hasta que hubiese dado una prenda solemne de conciliacion. Pero confiando en nuestra palabra, el gobierno mexicano siempre habia puesto como condicion á aquel avance del ejército extranjero, inspirado por un sentimiento humanitario, que "si las negociaciones llegaban á romperse (art. 4º), las fuerzas aliadas se retirarian de las posiciones ocupadas, retrogradarian en el camino de Veracruz hasta Paso-Ancho, antes de emprender acto alguno de hostilidad, en cuyo caso los hospitales de los aliados quedarian bajo la salva guardia de la nacion mexicana."

Al fin se señaló en la bahía el correo de Europa tan impácientemente aguardando. Por él se supo que la Inglaterra, que rechazaba la idea de una expedicion al interior de México, ratificaba la firma de su plenipotenciario Sir Ch. Wyke. La España, aunque con algun pesar, no desaprobaba lo hecho por el general Prim. Pero la Francia, por el órgano del "Monitor," declaraba altamente que no podia aceptar la convencion de la Soledad, por ser *contraria á la dignidad nacional*. Esta denegacion oficial, impuesta á un gefe justamente reputado como muy celoso del honor de su pabellon, provocó una dolorosa admiracion y tuvo un eco muy pejudicial.

El almirante, desde el 1º de Abril comenzó su movimiento retrógrado. El cuerpo francés habia ocupado á Tehuacan; vino á hacer alto en Córdoba, tres jornadas antes de Paso-Ancho juntamente con las tropas españolas. Pero era inminente una ruptura entre los tres aliados, cuyos intereses y tendencias estaban en una pugna manifiesta. El 9 de Abril de 1862 la ruptura habia tenido lugar: la motivó, sobre todo, haberse abrigado bajo nuestra bandera, Almonte

y los emigrados que habian llegado en los primeros dias de Marzo, y los cuales eran sospechosos, tanto á Juarez á causa de sus opiniones monárquicas, como el gobierno inglés. El ministro Wyke escribia en efecto al conde Russel: "Solo dando á nuestra intervencion el aspecto de un protectorado amistoso, es como podemos consolidar un gobierno que *representa la porcion inteligente y respetable de la nacion.*"

Digamos de una vez que en 1857, una Constitucion votada por el Congreso general, habia dado la presidencia al general Comonfort, quien desertó de su puesto: que Juarez, en virtud de su carácter de vice-presidente, defendia esa Constitucion hacia seis años; solo el abogado indígena no era perjuro! Habia llegado á la alta magistratura de una República agitada y arruinada por la guerra civil. Gefe de un país desmoralizado, invadido por todas las malas pasiones que sobre él se desbordaban, hubiera podido obrar mejor sin duda; pero tambien pudo hacer mayor mal. Sobre él ha caido con todo su peso la desgracia de medio siglo de fanatismo y anarquía; pero tuvo el valor de llevar ese peso sin doblegarse. Para él, al menos, la palabra patria tiene un sentido: por otra parte, el que quiera juzgarlo con rectitud, deberá olvidarse de la Europa para ver solo los horizontes tempestuosos de México.

La suerte estaba echada! Las escuadras española é inglesa se hicieron á la mar, y el cuerpo expedicionario francés, compuesto apenas de 6,000 hombres, dejado en el aislamiento, se preparó á tomar la ofensiva, continuando su movimiento retrógrado hácia el Chiquihuite, torrente encajonado en la montaña, situado casi á igual distancia entre el golfo y Orizaba, y cuyos bordes montuosos, que protegen la cuesta de la Sierra, habian sido fortificados por los mexicanos. Mientras que el ejército, fiel al compromiso contraido, operaba su retirada, corrió la nueva de que nuestros soldados que habian quedado enfermos en Orizaba, bajo la pro-

teccion misma del enemigo, veian ame nazada su existecian por el ejército juarista. El comandante francés, cediendo al temor de dejar degollar sus hombres sin defensa, inmediatamente cambió de frente, y violando, aunque á su pesar, la palabra dada, abrió la campaña, subiendo á marchas forzadas Orizaba, sin haber vuelto á pasar la posicion del Chiquihuite.

Tal es el resúmen suscito de la primera faz de la expedicion mexicana. Examinando solo los hechos que el gobierno imperial dió á conocer al país, parece evidente que Napoleon III no tuvo mas objeto que proteger los intereses de nuestros nacionales, intereses que habria perjudicado la convencion de la Soledad, si se hubiese ratificado. La Francia no ha cometido mas que un acto de generosidad al cubrir con su salvaguardia á los emigrados mexicanos, deseados de pisar el suelo patrio. Si mereciese crédito solamente el lenguaje oficial, la guerra ha nacido de que el presidente republicano rehusaba hacer concesiones á la demanda legítima de las satisfacciones que reclamaba nuestro ministro, ó de que las que hacia eran ilusorias. Juarez seria, pues, el único responsable ante la historia, de la ruina de su pueblo y de la sangre profusamente vertida sobre la tierra mexicana, sin que esto pudiera fecundarla!

Pero tomémos la libertad de buscar la verdad tan fugitiva en este negocio, y ahora que ya vimos á los principales actores en movimiento, interroguemos lo que pasaba detras de aquella escena. En estilo oficial repliquemos con la brutalidad de los hechos y de documentos incontrovertibles.

El 18 de Enero de 1862, exactamente diez meses antes de que se firmase la convencion entre las tres potencias, y mientras que Juarez permanecia tranquilo en la capital y sin sospechar la tempestad que se formaba en Europa para venir á desatarse sobre su cabeza, la Francia conspiraba por su caída. A cuatro leguas de México, oculto en el pueblo de

Tlalpam, célebre antes por sus ferias y sus juegos, el general Leonardo Márquez anudaba los primeros hilos de la conspiracion que unia ya al gabinete de las Tullerías con el palacio de Miramar. En aquella noche del 18, un indio, portador de un billete confidencial, entraba á México. El general Márquez escribia al Lic. Aguilar, antiguo ministro de Santa-Anna, "que habia llegado la hora de organizar la reaccion política, social y militar." Le ofrecia la presidencia de un directorio, el derecho de escojer sus miembros entre los que creyese mas capaces de servir la buena causa. La divisa *Dios y Orden* quedaba enarbolada: era la señal de la rebelion contra la *Libertad é Independencia*, que era la fórmula republicana.

Al mismo tiempo el partido de los emigrados mexicanos, á la cabeza de los cuales se contaban Gutierrez Estrada, Hidalgo, Almonte, el padre Miranda y el ex-presidente Miramon, ese partido se agitaba en Paris, y se aprovechaba de su favor y de su acceso en la corte de las Tullerías para despertar una augusta benevolencia en favor de su causa. Por su parte, Labastida, arzobispo de México, en nombre de su clero despojado de los bienes de manos muertas por una ley promulgada en 1859 (bienes que montaban á 900 millones de francos), el arzobispo, decíamos, combatia con calor cerca de la corte de Roma, la cual no tardaria en mostrarse favorable al proyecto formado de colocar un príncipe de la raza católica de los Hapsbourg en el antiguo trono de Iturbide.

Algunos pretenden que el imperio mexicano ha salido de la paz de Villafranca. Sin dar una grande importancia á este aserto, está fuera de duda que á la hora en que Márquez organizaba una sedicion, el partido de los emigrados mexicanos, con el apoyo secreto del gobierno francés, en cuyo seno prevalecian las simpatías españolas, ofrecia la corona imperial al archiduque Maximiliano, el cual acababa de renun-

ciar á todos sus cargos en su propio país, para retirarse á Miramar y estar pronto á cualquiera eventualidad.

Las conferencias entre Paris y Miramar duraron casi ocho meses ántes de que se lograra vencer la resistencia del archiduque. Al fin, el príncipe dirigió á su confidente autorizado, Gutierrez de Estrada, una carta escrita en español y que ocupaba las dos caras de un gran pliego. Maximiliano declaraba en ella que aceptaba la corona que se le ofrecia: pero "con la condicion de que la Francia y la Inglaterra lo sostuviesen con su garantía moral y material en tierra y en "los mares." Gutierrez remitió al punto de Paris este precioso documento, que nosotros hemos leído, al licenciado Aguilar para que lo pusiese en conocimiento de los miembros de la conspiracion fomentada en México. Pero el secreto no pudo guardarse sino hasta 1862 en que el antiguo ministro de Santa-Anna fué reducido á prision. Poco tiempo despues, faltando pruebas suficientes para condenarlo, Doblado firmó la orden para que fuera puesto en libertad.

Como se vé, la aceptacion del archiduque obligaba ya moralmente á la Francia, desde fines de 1861, en el momento mismo en que la espedicion marítima concertada por las tres potencias contra la República se ponía en planta. En esta combinacion urdida en las sombras es adonde debe encontrarse el objeto misterioso de la intervencion francesa, la cual habia esperado hacer participar de sus miras al gabinete inglés y comprometer su accion cooperativa en el establecimiento del archiduque Maximiliano en el trono que se le habia prometido. El partido rebelde, reclutado entre los clericales no esperaba ya para comenzar la campaña, sino la aparicion de la bandera francesa en las aguas de México.

La defensa de nuestros nacionales, el deseo de vengar los ultrajes que estos habian sufrido, ultrajes que en justicia deben inculparse á México y no á Juarez, todo esto no era mas que un pretesto reelegado con anterioridad al segundo

plan de la empresa. Pero se le invocaba para desembarcar tropas en el territorio de la República y establecerse allí hasta el día en que el gobierno francés pudiese inaugurar libremente su política en el Nuevo-Mundo, política preñada de azares y que iba á poner á la Francia en contradicción completa con su principio de no intervención. Si queda alguna duda sobre esto, prontamente quedaria destruida por dos acontecimientos posteriores que han ejercido una gran influencia sobre la desastrosa terminacion de esta empresa. Queremos hablar de la ruptura de los convenios de la Soledad y de la carta del emperador Napoleon III al general Forey.

¿Por qué los convenios de la Soledad han sido desgarrados por la Francia sola?

La Inglaterra se apresuró á desprenderse de la cuestion mexicana firmando la convencion, desde el día en que indirectamente se le iniciaron los proyectos que secretamente alimentaba el gobierno francés. Hasta Octubre de 1861, despues de que Maximiliano exigió que se pidiese la garantía inglesa; fué cuando M. Thouvenel dió orden de sondear sobre esta materia al gabinete británico, sin descubrir nada preciso en aquellas tentativas. Pero sucedió que estas tentativas fueron mal recibidas al otro lado del estrecho. Al punto, nuestro ministro de negocios extranjeros, interpelado muchas veces por el embajador de Inglaterra, y temiendo haber avanzado mucho, contestó muy categóricamente que "ningun gobierno se impondria al pueblo mexicano." (Despacho del conde Cowley al conde Russel, 2 de Mayo de 1862). Otra vez, interrogado M. Thouvenel por lord Cowley sobre la candidatura de Maximiliano á fin de saber si se habian entablado negociaciones entre Francia y Austria, nuestro ministro de relaciones exteriores contestó negativamente, afirmando que "únicamente los mexicanos eran los que habian entablado esas negociaciones, llenando á Viena exclusivamente con ese objeto."

Apesar de estas denegaciones, la Inglaterra creyó prudente afirmar la autoridad de Juarez, y retirarse. No queria comprometer su responsabilidad concediendo al futuro emperador una garantía, en lo cual no era muy pródiga como se ha visto despues. ¿Qué garantía se le pedia? La Inglaterra lo ignoraba; pero era casi una proteccion ilimitada que podia precipitar á su marina en un conflicto con los Estados-Unidos. Si el gabinete británico se hubiese atrevido á darla imprudentemente, es infalible que el Parlamento la hubiera al punto desaprobado. Así es que M. Wyke, su plenipotenciario, no tuvo ya mas que un objeto, el de salvar del compromiso, aprovechándose de la presion comun para obtener ventajosas indemnizaciones que curaron todas las heridas de los ingleses quejosos. En efecto, la Inglaterra fué la que salió mas beneficiada con nuestros sacrificios, gracias á los anticipos que se le hicieron de las rentas mexicanas durante la espedicion.

En cuanto á la corte de Madrid, el general Prim la habia arrastrado á Veracruz animado por una ambicion enteramente personal. Ligado por su mujer á la familia de los Echeverrías, uno de cuyos miembros era ministro de Juarez, y manteniendo activas relaciones con México, adonde sabia que son tan fáciles los pronunciamientos, el conde de Reus habia soñado por un momento, si no en una diadema real, al ménos en una corona de virey que volviese á atar la antigua colonia española á la madre patria. Desde que adivinó el órden de cosas que queria eregir la Francia, desde que se anunció la llegada de los refuerzos que conducia el general Laurencez, para hacer una espedicion al interior del país que se jactaba consumir por sí solo, comprendió que se desvanecian sus ilusiones, y decidió á su gobierno á abandonar la partida, arrojando al punto el descrédito sobre la empresa francesa. Su viaje á Vichy habia hecho nacer en su ánimo esperanzas mágicas: cuando estas se desvanecieron, se des-

perió su despecho, el cual le inspiró su famoso discurso en el senado español, del cual tuvo cuidado de enviar un gran número de ejemplares á los Estados-Unidos. Hasta olvidó Prim que habia tenido el honor de mandar en gefe el cuerpo expedicionario combinado. Porque, mientras que los franceses se hacian matar frente á las murallas de Puebla, en Mayo de 1863, escribia, por el puerto enemigo de Tuxpan, á su tio el ministro juarista, y bajo una cubierta de la legacion británica le dirigia una cantidad considerable de ejemplares de su mismo discurso tan contrario al ejército de sus aliados de la víspera.

Es importante reproducir la carta del general Prim, á la cual no es preciso agregar comentario alguno: dice así:

Sr. D. José Gonzalez Echeverría, en México.

Madrid, 11 de Mayo de 1863.

Mi muy estimado tio y amigo:

Recibí vuestra carta de Enero, y porjella me he formado idea del estado de las cosas de aquel país, estado deplorable ciertamente, pero que hace conocer al mundo que México es una nacion, y que sus hijos no son una raza abyecta y degradada como se ha pretendido hacer creer. Realmente sois los dignos hijos de aquellos que han admirado al mundo con sus hazañas. ¡Qué dirá ese embustero de Billaut¹ para justificar estas palabras: "El gobierno perjuro de Juarez "va á caer al soplo de la Francia." En Francia hay una inquietud y un malestar indecibles causados por la guerra con México, y á los que me interrogan les agrego que la guerra con México puede convertirse en una catástrofe para la Francia, y es la verdad. Figurémonos que las fuerzas

¹ Textual; estas palabras han sido escritas en francés por el general Prim.

de Forey vayan á estrellarse en los baluartes de Puebla. ¡*Ave María purísima!* solo Dios sabe lo que podria acontecer en semejante caso.

Esperamos los correos con impaciencia para tener noticias de ustedes y de vuestro país. Veo que M. Wyke (el ministro inglés) ha partido para Europa, y temo que haya efectuado su salida ántes de recibir el correo por el cual escribí á V. por conducto suyo, lo mismo que al tio Miguel y enviaba á V. y á otras personas ejemplares de mi discurso en el Senado. Ese discurso, sin duda alguna, agradará no solo en vuestro país sino en todo el continente americano.

Aquí ha habido un cambio de gabinete. O'Donnell ha caido, y hemos estado próximos á ver elevarse á los progresistas. Al fin de todo han entrado al poder Miraflores y Concha, ambos partidarios de los franceses en la cuestion de México. Pero si ellos cuentan que los españoles vuelven á México para apoyar á los franceses, puede V. asegurar que es falso. Porque lo que se ha hecho ha sido bien hecho y nadie puede deshacerlo.

PRIM.

El siguiente despacho, fechado en el mes de Julio, y dirigido al presidente Juarez por el mexicano Ramon Diaz, agente de su gobierno en la Habana, puede esplicar la carta del general Prim.

*Despacho del agente Ramon Diaz á Benito Juarez,
presidente de la República mexicana.*

Habana, Julio 19 de 1863.

Estimado señor y amigo:

Impresionado aún por las derrotas que acabamos de sufrir, cuando menos lo aguardábamos, y cuando no podia du-

darse de nuestro triunfo, escribo á V. estas líneas para informarle que he abierto una suscripción en esta isla, suscripción que está produciendo resultados muy satisfactorios, y cuyos productos servirán para la adquisición de una parte del armamento del cual hablé á V. en mi carta anterior. He hecho esto porque supongo que ese gobierno no puede proporcionarme los fondos necesarios para hacer dicha compra.

Trabajo con mucha actividad, y es probable que á mediados del próximo mes habré concluido el negocio que tanto me preocupa. Por tanto, solo espero las órdenes que vd. se sirva darme para hacer el envío lo mas pronto posible. Me es fácil dirigirlo en el vapor por Tuxpan con bastante seguridad: dígame vd. si será conveniente enviarlo á este punto, ó en caso contrario sírvase vd. indicarme otro mas seguro para su desembarco. Como el negocio es bastante delicado, no lo confiaré á persona alguna, sino que yo mismo iré acompañando dicho armamento.

Es probable que Napoleon retire sus tropas luego que haya erigido un gobierno de carton en la capital de la República. Por otra parte, los acontecimientos de Polonia se complican, y además, los confederados acaban de recibir un golpe terrible.

En España las cosas permanecen en el mismo estado. Hoy se dice que O'Donnell vuelve al ministerio; pero no es creíble. En esta isla nada hay de nuevo.

Sin mas por hoy, me repito de vd. su verdadero amigo.

RAMON S. DIAZ.

El agente juarista hacia su papel. ¿Pero cómo apreciar la actitud de las autoridades de la Habana, colonia española, permitiendo esa suscripción juarista abierta para proporcionar armamento al ejército republicano? ¡Qué fuerte contraste! Algunos meses antes, en ese mismo puerto de la

Habana, la escuadra española se habia hecho á la vela para Veracruz, adonde iba con altivez á plantar la bandera de su Magestad Católica junto á la bandera francesa. La ambición defeccionada del general Prim, que acaso habia soñado con la corona mexicana, esplicaria esa violencia de la neutralidad á la cual se prestaba el capitán general de la colonia: sin embargo, éramos aliados la víspera!

En fin, ¿por qué causa solo el gobierno francés ha desgarrado los convenios de la Soledad? El almirante Jurien, nuestro plenipotenciario, que ha dejado en México un nombre simpático y una alta reputación de lealtad y rectitud, sufrió una desaprobación formal de su conducta, el día que el emperador adoptó la resolución de retirarle sus plenos poderes. Pero lo cierto es que el almirante, rodeado como estaba por la estimación general, habria podido ir enteramente solo á México sin temor alguno por su seguridad, y arreglar por sí mismo con el presidente Juárez todas las diferencias que dividian á ambos gobiernos. La prudencia aconsejaba que se procediese así. ¿Era preferible derrocar el poder existente en virtud de la Constitución, bajo el pretexto de que no gozaba de la fuerza ni de la autoridad que eran de deseársele? Por otra parte, está fuera de duda que el plenipotenciario francés habia conciliado perfectamente la dignidad de su país con los intereses nacionales.

“El gobierno mexicano, habia escrito Doblado en nombre de Juárez á los comisionados aliados, ha resuelto hacer toda clase de sacrificios para probar á las naciones amigas, que el cumplimiento fiel de los compromisos que contraiga, será en lo sucesivo uno de los principios invariables de la administración liberal.”

Esta declaración, hecha por un gobierno estable y lleno de buena fé, debia recibirse satisfactoriamente. Es cierto que el pasado permitia dudar sobre la ejecución de estas promesas. Pero entonces hubiera sido mejor que desde el

principio, desde que el almirante salió de Paris, se hubiese declarado francamente la guerra. Era inútil negociar, puesto que desde ántes se rehusaba conceder el tiempo útil para el resultado de las negociaciones, y que con anticipacion se declaraba que estas eran ilusorias, atendiendo á la impotencia ó mala fé que se presumian en Juarez.

El almirante habia obrado con lealtad, y la prueba es que, pocos meses despues de la desaprobacion de sus actos (que la opinion pública recibió mal) el mismo gefe del Estado llamó á su lado al almirante Jurien, quien ademas de esta halagiéña distincion, fué enviado por segunda vez á México, enarbolando su pabellon á bordo de la fragata acorazada *La Normandía*. Es imposible no sorprenderse de esta estraña contradiccion. Pero pronto se encuentra la esplicacion en la carta escrita en 1862 al general Forey, en los momentos en que este último recibia el mando del grueso cuerpo de ejército destinado á vengar el descalabro que sufrió el general Laurencez, y del cual hablaremos muy pronto.

El emperador escribia lo siguiente:

Fontainebleau, 3 de Julio de 1862.

..... *Si, por el contrario, México conserva su independencia y sostiene la integridad de su territorio, si un gobierno estable se perpetúa allí con la ayuda de la Francia, habremos devuelto á la raza latina su fuerza y su prestigio al otro lado del Océano.*

NAPOLEON.

La expedicion tiene, pues, en lo sucesivo por objeto, el triunfo de la raza latina en la tierra americana, para oponerla á las invasiones de los anglo-sajones. En este documento imperial fué adonde por primera vez se reveló públicamente la verdadera inspiracion del emperador. Tal do-

cumento está en formal contradiccion con las instrucciones del gobierno francés á su plenipotenciario, y con el lenguaje de sus ministros MM. Billaud y Rouher, que hasta entonces habia afirmado en la tribuna que jamas se habia intentado fundar un imperio para Maximiliano, y que las hostilidades contra Juarez las habia provocado la necesidad de defender nuestros intereses nacionales.

En efecto, la proteccion de nuestros compatriotas no ha sido, hasta aquí, sino una máscara que ya es tiempo de arrojar. El archiduque va á aparecer muy pronto en la escena. El almirante ha sido censurado porque obrando de buena fé, estuvo á punto de destruir un proyecto ulterior, cuya confidencia no se le habia hecho. La convencion ha sido repudiada por la Francia, porque ni queria ni podia tratar, ligada como estaba por un compromiso con Maximiliano. Por el momento no se trataba ya de nuestra deuda: la caida de Juarez era lo único que estaba en juego, y para arrojar de su sillón al presidente, era preciso entrar á México con las armas en la mano.

Así es que, desde el principio, la intervencion de la Francia en México ha sido el fruto de una política equívoca y que ha gravitado sobre la empresa con todo su peso; y si Juarez ha consentido en emprender una guerra sin cuartel, señalada y terminada por represalias terribles, fué porque supo, desde el principio, que el pabellon tricolor de la Francia encubria una bandera imperial que marchaba en pos del extranjero, y que la existencia de la República estaba amenazada en su mismo principio. Se puede creer que este objeto misterioso ha influido mucho en el apoyo disimulado que los Estados-Unidos prestaron siempre á la causa republicana; apoyo que ha sido suficiente para tener en jaque y arruinar la influencia francesa en América. Ciertos documentos que se encontraron despues del combate en los equipajes del general Comonfort, que quedaron abandonados en San Loren-

zo, y que hemos visto, no nos dejan duda alguna sobre el concurso de los Estados- Unidos, que habian comprendido que la Francia queria aprovecharse de la guerra que desgarraba su seno para contrabalancear la influencia anglo-sajona. El presidente Lincoln, cuya lealtad tanto se preconizaba en Francia, escribia lo siguiente á Juarez: "No estamos en guerra declarada con Francia, pero contad con dinero, con cañones y con enganches voluntarios que favoreceremos." Y ha cumplido su palabra.

Ademas, aquí no se puede evitar un sentimiento de pesar ante las vacilaciones del gobierno imperial, el cual no se ha atrevido á tomar un carácter decidido en su política mas allá del Océano, y que, desde el principio hasta el fin de la expedicion, no ha recurrido sino á medios incompletos. Esa idea de oponer la raza latina á la invasion de los anglo-sajones, que probablemente dentro de medio siglo abarcarán el mundo entero dando ambas manos á los rusos, sus aliados naturales, era una idea imponente, digna de tentar un gran corazon y una gran nacion, pero con el requisito de que se hubieran asegurado previamente los medios de un buen éxito. Era fácil prever que en caso de un jaque quedaba para siempre arruinada la influencia latina en las Américas, y acabaria con un prestigio que allí tanto han comprometido los españoles. Porque, para triunfar, necesitaba esa idea del mismo concurso de los Estados- Unidos. Evidentemente que la ocasion era favorable en 1862, al dividirse los Estados del Sur de los del Norte. Era el momento en que la Francia debía intentar un acto de vigor y crearse aliados en el campo mismo de los enemigos. Dos caminos quedaban abiertos para esto, y ambos eran practicables; no pretendemos juzgarlos aquí. O bien, era preciso haberse pronunciado desde el principio por la causa de la Union y contener al Sur con una demostracion amenazadora sobre la frontera del Rio-Bravo, ó bien, si se reconocia el partido de la segrega-

cion, se debía ir sin vacilar hasta el fin, y consumir la obra de la separacion, declarándose abiertamente por los plantadores de los Estados del Sur, que se habian conmovido al recuerdo de la gloria francesa, y no esperaban sino el socorro de nuestra palabra para triunfar y tender la mano á nuestro cuerpo expedicionario que marchaba sobre México. Por una consecuencia que apenas se puede concebir hoy, cuando se tiende una mirada retrospectiva á aquellos sucesos, la política imperial rompió con toda tradicion lógica. El carácter de beligerantes concedido á los Estados del Sur, no sirvió sino para prolongar inútilmente una lucha sangrienta, y nuestro gobierno desechó las reiteradas indicaciones de los propietarios del Sur á quienes la víspera habia alentado y que al fin dejaba sucumbir. Desde entonces quedó perdida la causa latina. Los yankees, victoriosos, traspasaron en masa la frontera de Tejas, y, atraídos por la rapiña, se esparcieron en guerrillas juaristas en las provincias de Nuevo-Leon, Sonora y Tamaulipas.